

años, y que llevaba diez hombres de una vez sin trabajo, tanta era su mansedumbre; pero estas patrañas no han hecho fortuna, pues como se va descubriendo mas y mas en punto de historia natural, la experiencia y observacion prolija las van destruyendo, dando lugar á la verdad.

Entre tanta diversidad de aves que se encuentran en la isla, hay entre sus especies dos maravillas de la América, es á saber: el Flamenco y el Colibri, el uno es de los mayores y el otro es el más pequeño de cuantos animales vuelan, y no es insecto. Del primero diré alguna cosa aquí, porque es propio de las islas, y me reservo á hablar del otro cuando se trate de las curiosidades naturales del reino de Michoacan: el pájaro Flamenco debe este nombre á los españoles, pero el por qué lo ignoramos. Se hallan parvadas muy numerosas de estos pájaros en las ciénegas, y como tienen las patas sumamente altas y el pescuezo muy largo, y suelen estar parados casi en una línea, parece de lejos que forman un escuadron ordenado en forma de batalla. Efectivamente, se guardan continuamente de cualquiera sorpresa, y se quiere decir que por instinto especial, hay siempre alguno de entre ellos que hace la centinela remudándose para defenderse de las asechanzas de sus enemigos, mientras los demas se ocupan en buscar su vida. Añádese que segun dicen,

avistan la pólvora bastante léjos, de modo que no se puede uno acercarse á ellos tan en ayunas. Para cogerlos es preciso valerse de la treta de los isleños y floridanos, que se cubren con un cuero de res, tomando la contra de la direccion del viento, y se acercan con facilidad á tiro de escopeta, porque como estas aves están acostumbradas á ver pacer las reses en los campos, no se espantan y se les tira así con seguridad. El color acostumbrado de las plumas de esta ave es entre ceniciento, con remate en la punta de encarnado, que coge á veces solo la medianía de cada pluma, y hay, cuyas alas son rojas del todo, y otras cuyas plumas tienen su mezcla de blanco y negro; su tamaño regular es de un pavo grande, su carne no es buena para comer, solo la lengua es delicada comida. Se domestican bien desde pequeños, dándoles á beber agua salada y varias yerbas, pero en esa edad su plumaje es feo. Suelen estarse parados casi siempre, y así duermen, metiendo el pico y el pescuezo debajo de sus alas, y encogen una de las patas debajo de la barriga, de suerte que se quedan sobre un pié, que parece un palo, formando una figura extraña: cuando estiran el pescuezo en línea recta y encogiendo una pata, se queda la otra en la misma direccion y se ponen muchos en fila en esta postura: parece el campo adonde están, una lanzada de viña



grande, cuyas cepas están con su palo cada una fijado en tierra, á modo de lo que llaman en Francia *Echalás*.

Volviendo al modo de alimentarse los habitantes antiguos de la Española, su sustento ordinario era maiz, que los franceses llamaban *bled de turquie ó grós mil*, las batatas y el cazabe. De esto trataré con más individualidad, llegando á lo que toca de particularidades en orden á los usos, costumbres y historia natural de los tarascos, y generalmente de los indios de la Nueva España. Tenian estos isleños grandes recursos en la caza y en la pesca, pero lo que habia de mejor se guardaba para la mesa del cacique, y era un delito mostrar aun ganas de probarlo. Su comida extraordinaria de gran regalo era un revoltijo de hojas y raíces de una especie de *Arum*, que los franceses llaman *Pied de veau* ó coles caraibas. *Choux caraibes*, verdolagas, espinacas silvestres, hojas de las batatas y puntas de los *Mombinos* y de otras varias yerbas que revolvian juntas, realzando su gusto con su aji ó chile, y llamaban este guiso *Iracas*. En caso de necesidad cuando les faltaban los víveres ordinarios, se mantenian en sus bosques hartándose de frutas, de que estaban llenos: á más de eso, no perdonaban sabandija alguna, y estaban tan hechos á comer mil bascosidades que causaban horror, como gu-

sanos, murciélagos, lagartijas y culebras y aun arañas, que era imposible que muriesen de hambre; pero no obstante que estos animales fuesen venenosos en la isla, con un alimento de esta clase y el pasto tan ligero de sus comidas acostumbradas, eran de complexion tan débil, que no eran capaces de tolerar un mediano trabajo. No era por culpa del país sino que no se aplicaban á sacar el fruto que podia dar. No cultivaban la tierra, y no se les ha hallado instrumento alguno de agricultura. El fuego era su instrumento universal: quemaban sus sabanas ó llanos cuando el zacate ó yerba estaba ya seco, y despues de haber movido la tierra un poco con un palo, hacian un agujero y plantaban su maiz, el que sin otro beneficio venia muy bien; porque es cierto que su isla y generalmente casi toda la tierra de la América es de una fertilidad grande, que aventaja en mucho á la de la Europa, adonde toda la subsistencia principal de sus pueblos estriba principalmente sobre el trigo y tal cual sobre una ó otra semilla de que se hace el pan, de modo que no puede faltar este precioso grano sin exponer los pueblos á perecer de hambre, como bastante á menudo sucede. Pero en esta parte del Nuevo-Mundo, hay seis especies de alimento, que á sus habitantes les es tan natural como el pan, que no faltan jamás y se multiplican en gran manera. Cada año



pueden hacer hasta tres cosechas de maíz y dos de arroz. Entre varias especies de batatas que se dan en la isla, tienen una que se llama de seis semanas, porque al cabo de ese tiempo ó cuando mucho dos meses, despues que se ha sembrado se puede comer. Como hay tantos plátanos, y raro es el pié que no tenga uno ó otro racimo maduro, tienen con esta fruta que nutre muy bien otro recurso grande. Dos plantas abundan en el país, como es el manioc ó yuca, con que se hace el cazabe, y el igniame ó buniato, que es otra yerba que suple para hacer pan: es cierto que la cosecha de aquellas dos plantas se hace solo una vez al año, pero jamás falta, y siempre es abundante.

No sacaban el fuego con piedras de lumbré, habiéndolas muy buenas en sus tierras, sino que cogian dos palos, uno muy poroso y otro más duro: encajaban este dentro del otro, y con suma presteza y violencia lo volteaban como quien bate chocolate, y con esta fuerte colision sacaban fuego que se pegaba al palo poroso, como si fuera á una yesca. Con el fuégo labraban sus canoas, y lo mismo hacen, como verémos, los naturales de las Indias Occidentales, que en esto, como así en todo tienen las mismas costumbres que los de la isla. Quitaban lo quemado con una especie de piedra verde muy dura en forma de hacha y en huecaban el madero escogido para el efecto. Se

discurre mucho sobre esa piedra, porque no se pudo encontrar en toda la isla cantería donde se diese, y la opinion de algunos es que venia del rio de las Amazonas, cuyo fango expuesto al aire se endurece y toma este color; pero la dificultad está en asentar en cómo pudo llegar á las manos de los naturales, que no comerciaban con nacion alguna, y cómo podía venir tanta porcion y tan de léjos para el uso de esos pueblos. Como no tenían hierro, no usaban de otras armas que piedras, macanas y flechas. El modo de hablar en aquel país no era uniforme, cada provincia tenia su dialecto particular; pero la lengua que se hablaba en el centro de la isla era la cortesana y la más estimada, que se entendia en las demás provincias. Estas lenguas no tenían nada de bárbaro, pues por la dulzura de algunas de sus voces como *canoas*, *hamaca*, *sabana*, etc., que hemos adoptado en nuestra lengua, se conoce. Se aprendian con facilidad, excepto uno ó otro dialecto que costaba algun mas trabajo saber su pronunciacion.

16 Su religion era un conjunto de supersticiones muy groseras, fomentadas por la tal cual politica de sus Caciques, que ejercian sobre sus vasallos un poder despótico, como he referido. Todos los historiadores contemporáneos del descubrimiento del Nuevo-Mundo concuerdan en que su religion



consistía en tener tantos dioses que, á modo de los gentiles romanos, tenían para cada cosa un dios. Adoraban al demonio, quien los tenía ciegos y engañados, no teniendo mucho trabajo este espíritu de mentira para exigir honores divinos de unos hombres tan groseros y salvajes, que, aunque tenían idea de un Ser Supremo, no eran capaces de profundizarla para comprender los principios y consecuencias que envuelve. Se les aparecía el demonio bajo unas formas espantosas y les hablaba: unas veces le veían en figura de caiman, de sapo, de culebra, de tortuga ó de otros animales feos: creían lo que este padre de la mentira les decía; y para tenerle grato, le ofrecían dones y todo género de comidas. Con la representacion de estas figuras horribles consideraban á sus dioses más capaces de hacerles daño que provecho; y así los temían tanto, que todo su anhelo era el aplacar su enojo, procurando con los mayores sacrificios que los dejasen vivir en sosiego.

Segun su imaginacion se hallaba herida de estas figuras, formaban sus idolos, que llamaban *cemes*, de piedra, de tierra cocida ó de yeso, que colocaban en todos los rincones de sus casas, que eran bien toscas (de palos y carrizos atados con bejucos) en la forma, y pequeñas, en los ranchitos que sirven por hoy de habitaciones á

los naturales de las Indias Occidentales. Cuando mucho reservaban una casita algo más amplia y más decente que les servia de capilla, que nuestros indios de Nueva-España llaman *santocale*. Estos indios miraban á sus cemes como divinidades subalternas y ministros de un Soberano, único, eterno, infinito, todopoderoso y invisible, pero que no es increado, esto es, que tiene madre y no principio, como se explica fray Roman en su descripcion, pues le dan madre con cinco nombres, que, conforme á la relacion de fray Roman, són: Atubey, Gemao, Guacar, Apito y Zuimaco; y segun Charlevoix, que no sé de dónde lo tomó, Attabeina, Mamóna, Guacarapita, Tiella y Guamaonocan. El nombre de este ser soberano era Tocaunaje Maorocon. Todo esto, como lo que creen sobre de dónde vinieron y qué origen tuvo el sol y la luna, cómo se hizo el mar, adónde van los difuntos, se lo han hecho creer sus antepasados, y no salen de allí, porque ellos son muy rudos y no saben leer ni contar sino hasta diez.

Ponian diversos nombres á estos cemes y tenían más devocion á unos que á otros, preciándose cada cual tener mejor ceme que los demás, y tenían gran cuidado de esconderlos de los castellanos. Habia costumbre entre ellos de robarse los cemes unos á otros, y los Caciques abusaban



de la simplicidad de sus vasallos, haciendo hablar á estos cemes lo que querian, como se descubrió en cierta ocasion que, habiendo entrado unos cristianos de repente en una capilla de estos cemes para saber lo que observaban en su culto los naturales, empezó á gritar el cemes fuertemente y habló en su lengua, por donde se entendió que la estatua encerraba algun artificio; y así era, pues dando los nuestros una patada al cemes, se descubrió que estaba hueco y que por detrás tenia un cañon á modo de cerbatana que iba á dar á un lugar oscuro del santocale ó capilla, el cual estaba cubierto de hojas y ramos, y escondido entre ellos un indio que decia lo que el Cacique queria que el cemes dijese; y viendo el Cacique descubierto el ardid, rogó con grande instancia á los nuestros que no lo dijesen á los indios, porque con aquella estratagemá sacaba á aquellos pueblos todos los tributos que le parecia, y los tenia obedientes. Tenian igualmente los Caciques tres piedras á las que profesaban gran devocion: decian que una era buena para que naciesen los frutos y sembrados; la otra para que las mujeres pariesen sin dolor, y la tercera para tener agua y sol cuando lo necesitaban. Los que más persuadian á estos pueblos con engaños eran unos que tenian por sacerdotes de la tierra y llamaban bohutis; de *bovithiu*, que quiere decir

médico en su lengua: En efecto, éstos eran á un mismo tiempo médicos, cirujanos y droguistas, y les daban á entender que comunicaban con los muertos; y aunque en sus curaciones más se valian de las hechicerias y artes diabólicas que de la ciencia humana, pues usaban de ensalmos y embustes para atraerse la general estimacion de sus paisanos, lograban ser creidos. No tenian otra distincion estos bohutis, que el llevar consigo estos cemes de piedra ó de madera, y el tenerlos tambien señalados en su cuerpo. Cuando consultaban á estos ídolos en público, jamás se oía respuesta de su dios, y solo por el semblante del sacerdote se comprendia lo que contenia el oráculo que se consultaba. Si bailaba y danzaba el bohutis, era una buena señal; pero si este embustero ministro de sus cemes se entristecia, todos lloraban, y ayunaban para aplacar la ira de sus dioses. Procuraban estos fanatizadores ganarse el respeto de los pueblos, haciéndoles creer que sus cemes les hacian partícipes de sus más íntimos secretos; que todo lo sabian, y que penetraban lo más oculto del porvenir; y así los embaucaban con predicciones extravagantes, que si no correspondian al pronóstico, las paliaban con bastante facilidad, supliendo el ardid la falsedad de las predicciones que hacian á gentes tan simples y groseras.



Como no era tan fácil engañar á estas gentes en materia de salud como de religion, si los veneraban como sacerdotes, no los estimaban tanto en calidad de médicos. Si un enfermo se moria en sus manos, sin embargo de sus disparatadas predicciones, le miraban ya como un ignorante y mentiroso: los parientes más cercanos del difunto se juntaban alrededor de su cuerpo, le cortaban las uñas y los cabellos, que mezclaban con el zumo de cierta yerba, y echándoselos en la boca, le rogaban declarase si habia muerto por culpa del médico. Sea por arte del diablo, sea por operacion mágica, estaban imbuidos que obtenian la respuesta que pedian sus ruegos; bien que en esto podia caber mucho de natural, como se sabe que se ha usado entre muchas naciones, que tomaban signos muy equivocados é indiferentes por indicios de secretos reservados únicamente á Dios. Si la pretendida respuesta del difunto, real ó imaginaria, condenaba al médico, entonces ya no se contenian, pues si le pillaban, se echaban sobre él y lo hacian pedazos. Sucedia este caso rara vez, y cuando venian á este extremo era porque ya le tenian por sospechoso á instigaciones de otros falsos profetas que por envidia los acusaban de haber empleado algun maleficio para abreviar los dias del enfermo ó de haberse descuidado en su cura, porque lo que-

rian perder. En lo demás, estos bohutis se aplicaban mucho al conocimiento de las yerbas; y cuando se hallaban apurados con sus enfermos, se valian de la astucia para disimular sus desaciertos, pues estas gentes se acordaban al fin que eran ministros de sus dioses, cuyo poder temian mucho, por lo que no se atrevian á ofender á sus bohutis. Su modo de curar era muy ridiculo: se untaban la cara con ollin; se purgaban á la vez que purgaban al enfermo; hacian visajes alrededor de su cama; chupaban la llaga ó la parte enferma, y si encontraban por casualidad una espina clavada ú otro cuerpo extraño que en realidad habian extraido de la parte enferma, ó la llevaban con sutileza oculta en la boca, la manifestaban con ademanes de admiración y de sorpresa, exclamando al mismo tiempo: ¡Ved lo que os tenia enfermo! es fulano, que os ha introducido esto en el cuerpo con sus hechicerías. Y con esto sembraban discordias en las familias estos charlatanes.

Tenian estos indios una idea muy superficial de la inmortalidad del alma y de la otra vida. En la relacion misma del Almirante Colon, que trae su hijo Don Fernando Colon en la historia de su padre, dice que se ha fatigado mucho en entender lo que creen, y dónde van despues de muertos; que especialmente procuró saberlo de



Caunabo, que era el principal Rey de la Española, hombre anciano, sabio y de ingenio agudísimo, y le dijo que van á cierto valle ó paraíso, donde cada Cacique principal cree que está en su distrito, afirmando que allí volvian á hablar á sus padres y abuelos, y á encontrar sus amigos y gozar allí de sus mujeres y de todo género de deleites, segun su modo de pensar. Creían que habia un lugar destinado para premiar á los buenos, pero no sabian de suplicio alguno destinado para castigar á los malos. Algunos estaban entendidos que iban á dar las almas al lago del Tiburon, en cuyas orillas habia muchos llanos cargados de árboles de mameyes, cuya fruta es excelente, y no se atrevian á comer de ella por respeto á los muertos, á quienes no querian privar de esta fruta, temiendo que si ellos la comian podia hacerles falta.

He apuntado el poder despótico que ejercian los Caciques sobre sus vasallos, y que éstos por su parte eran obedientes á sus órdenes. Tenian pocas leyes estos pueblos y no eran muy severas: únicamente el latrocinio era tenido entre ellos por un delito atroz, y se castigaba con mucho rigor. No habia ladrones, porque empalaban al que lo era, y no se podia interceder por el ladron. Con esta severidad se vivia con mucha confianza y paz en la isla, contentándose sus habitantes con

el preciso sustento; y como no tenian deseos de hacerse ricos, no se vejaban los unos á los otros, y los más pudientes ejercian de buena gana la hospitalidad, no solo con sus parientes y amigos, sino tambien con cualquier desconocido, á quien recibian con amabilidad, dándole albergue y buen trato en sus casas.

Esto es, en sustancia, lo que se ha podido averiguar de sus ritos, costumbres y antigüedad de estos pueblos: el lector que desee saber más sobre este asunto, pueber ver la descripcion del padre fray Roman Pane, quien tuvo orden del Almirante (por estar muy versado en la lengua de los naturales) para formar dicha descripcion, á fin de remitirla á los Reyes Católicos: bien que Don Fernando Colon, que la trae en la historia de su padre (cap. 61), dice con acierto, que son tantas las fábulas y supersticiones de aquellas gentes, que no pudo sacerse más fruto sino que tienen idea de un Dios Supremo, y que creen la inmortalidad de las almas.

Cuando los españoles descubrieron la isla de Hayti y Quisqueya, que quiere decir aspereza y tierra grande, á la cual Colon le puso la Española, la hallaron dividida en cinco reinos completamente independientes unos de otros, y lo demás que no entraba en esta division estaba bajo la dominacion de algunos señores ó Caciques